

Fundación La Huella Árabe

“La deuda olvidada de Occidente”

Prólogo

*“Todos los seres humanos
nacen libres e iguales
en dignidad”.*

Art. 1º de la Declaración Universal de los
Derechos Humanos

Todos infinitamente distintos. Todos iguales en dignidad. ¡Si fuéramos capaces de seguir hasta las mismas fuentes las marcas de nuestra identidad!. El racismo, la arrogancia, la marginación, desaparecerían. Sobre todo en espacios como el Mediterráneo, en el que se han mezclado, unido o agrupado, entrelazado a través de los tiempos, como un encaje de bolillos – a veces patente, otras veces no – razas y culturas que luego olvidan su “hermandad” y hasta se enfrentan.

La huella árabe visible en la palabra, en el semblante, en el gesto. Y las huellas invisibles, germinales. Se trata de identificarnos como “nos-otros”, tan sólo separados por el tiempo y por avatares – con frecuencia tan inaparentes como lacerantes – de la historia. Son reencuentros para enriquecer mutuamente nuestras semblanzas y perfiles culturales.

La diversidad, nuestra riqueza. Infinita diversidad. Unicidad de cada ser humano, creador, descubridor, vigía del futuro. Todos distintos, todos unidos por unos valores comunes que nos confieren fuerza y consistencia. Tejido multicolor, en el que ninguna hebra puede arrogarse preeminencia.

Civilizaciones entreveradas, crisoles casi siempre constituidos por la imposición, por el dominio.

Horizontes sombríos hoy, por el uso de la violencia, por la frustración, por la radicalización que provoca la exclusión, la codicia, la miseria. Sombrío por los desencuentros, por no haber sabido conocernos mejor, por haber prestado mayor atención a los puntos erráticos que a aquellos que, por su densidad, ostentan una mayor representación. Sombrío por haber seguido el perverso adagio que, desde hace siglos, proclama que “si quieres la paz, prepara la guerra”. Hoy, horrorizados por los desgarros producidos por las confrontaciones bélicas, por los zarpazos del terrorismo, con actores que no dudan en inmolarse al tiempo que producen por doquier víctimas inocentes, somos conscientes – conscientes apremiados - de que la paz, como la justicia, como la libertad, debemos construirlas cada día, grano a grano, en nosotros mismos, en nuestras casas, en nuestros pueblos, en nuestras fábricas, en nuestras escuelas y universidades... . “Si quieres la paz, ayuda a construirla con tu comportamiento cotidiano”.

Frente al horizonte convulso por incompatibilidades raciales, el horizonte brillante, sereno, del mestizaje, de la igualdad radical en dignidad, de la diferencia inacabable. Ya nunca más la mano alzada. Manos tendidas, voces unidas en favor de la convivencia a escala de especie humana, de humanidad entera.

Un tema multidimensional, multicultural, requiere un abordaje multidisciplinar, transdisciplinar, para ir descubriendo, reconociendo, identificando los trazos árabes, hilo a hilo, en el tapiz común “occidental”. Y viceversa. Tejer y retejer los lazos entre los “del sur” y los “del norte”, a su vez tan distintos todos ellos, tan ricos en costumbres. Lazos y puentes

entre todas las riberas de la media-terránea, del mar “nuestro”, de todos y no sólo de los países del norte, porque el mar, que sabe tantos secretos, repite cada día, bellamente, que el agua que acaricia nuestras costas nos ve iguales, que no tiene preferencias, ni lenguas que entienda mejor, ni playas más amigas.

Y en este inmenso escenario de hablas y culturas diversas, donde se nutrieron y nutren hoy en día raíces de antiquísimas civilizaciones, tenemos que esforzarnos en destacar el papel de la mujer. ¡La mujer!. Culturas androcéntricas en las que las funciones de la mujer y su dignidad deben reconocerse más allá de sus formas de vestir, de la ocultación de su rostro, su cuello o sus cabellos. No hace tantos años – unas tres generaciones – que la mujer “occidental” se hallaba sometida (no a escala nacional ni por imperativo legal, es cierto) a hábitos similares. ¿Y qué sucede hoy? Basta hojear las páginas centrales de algunos periódicos de gran renombre en los países más avanzados para darse cuenta de la humillación y el desdén con que se trata, en lamentables anuncios publicitarios, a la mujer. La solución, aquí y allí, está en reunirse, hablarse, para conocerse mejor, para que se reduzcan o eliminen, en todos los casos en que así lo aconseje el buen sentido, aquellas prácticas o costumbres que entorpecen actualmente el progresivo enaltecimiento de la mujer.

Huella árabe en las ciencias, algunas de las cuales no han perdido, justamente, su referencia de origen – como el álgebra – ni han olvidado sus grandes pensadores y maestros: astrónomos, físicos, ceramistas, artesanos, alfareros, orfebres, bronceístas... . La navegación con los astrolabios, las pautas médicas e higiénicas... la fabricación del papel... , ponen de relieve, a grandes trazos, la extraordinaria aportación de los “países sureños”.

Maestros en la agricultura, en la canalización del agua. Acequias, azudes, aljibes, albercas... . La jardinería, la legislación hidráulica, las fuentes y el sonido del agua. La huella árabe forma parte del progreso científico, sanitario, agrícola, artístico de occidente, de nuestro tiempo.

Miremos atrás serenamente para saber mirar mejor juntos hacia delante. Sólo el presente, lleno de impactos y de emociones demasiado recientes no nos permite, con excesiva frecuencia, dilucidar lo concreto del conjunto, lo individual de lo colectivo. Y pasamos facturas indebidas, injustas, por ambos lados.

Al-Andalus pertenece, con su inverosímil densidad de mensajes, a toda la cultura Nord-Mediterránea. Pero no es el pasado: está patente hoy en los biotipos, los estilos, las tradiciones, la cocina de millones de personas que, aguas arriba, conviven, con-viven, como con-vivieron durante siglos.

Javier de Salas posee la inmensa autoridad moral que confiere el conocimiento profundo de los temas que apasionan. Durante años y años de estudio, de aproximación personal a los protagonistas (incluyendo los lugares) del crecimiento y encuentro de tantas culturas, ha ido elaborando y refinando propuestas que tanto pueden contribuir, al ser conscientes de las aportaciones respectivas, a acercar, relacionar, conciliar, reconciliar el presente de un pasado común y, lo que es más importante, contribuir a diseñar juntos un futuro que se beneficie de esta insólita experiencia histórica.

Desde el Mediterráneo, hilos conductores se extienden allende el Atlántico y arriban a las costas americanas, adoptando formas originales sobre los perfiles que tan lejos habían germinado. Javier de Salas sueña en transitar

del recelo y el conflicto a la cooperación abierta, recíprocamente favorable. Sus esfuerzos en destacar la importancia de la herencia árabe en el mundo occidental están dando sus frutos. Empezamos a conocer mejor el conjunto de la cultura árabe y no sólo lo más aparente (arquitectura) o lo más conflictivo (pertenencias religiosas a menudo exacerbadas). El diálogo de civilizaciones es una apremiante necesidad, frente a las provocadoras previsiones de Huntington. Estamos en deuda con quienes son parte relevante de nuestro pasado y presente. De quienes lo serán todavía más en el devenir. Que no nos sea de aplicación la sentencia de William Shakespeare: “Los hombres hacen la historia, pero a menudo no conocen la historia que hacen”. Cultura. Cultivo durante siglos. No pueden los análisis sesgados o temperamentales deformar por la urgencia o por el miedo lo que – como el olivo, hondas las raíces, -se ha desarrollado años y años en condiciones con frecuencia adversas.

A medida que lean las páginas de este libro, los lectores se irán convirtiendo - o reafirmarán sus convicciones – en heraldos de un esclarecido y adelantado mensaje.

Federico Mayor Zaragoza
Presidente de la Fundación Cultura de Paz.